

SELLANDO ITINERARIOS. GÉNERO Y NACIÓN EN JOSEFINA PLÁ

ANGELES MATEO DEL PINO

Oficio de mujer.
Juego a escondite:
en donde estoy nunca vio nadie nada.
Oficio de mujer.
Espigadora
de campos bajo un sol que pronto acaba.
Custodia de los cántaros.
Avivo los rescoldos en la dura mañana,
aliso los pañales como pétalos
y reenciendo las lámparas.

Oficio de mujer.
Puente entre muertas.
Rosal despetalado con cada alba.
.....

Oficio de mujer.
Manos moviéndose
sin pausa
como hojas
que se retratan arañando el cielo
para caer al suelo y ser pisadas.
Manos sin pausa y sin descanso
sellando itinerarios, tibios mapas.
En el vientre un camino.
En la mirada
tremolando al viento el cartel roto
de huérfana posada.

Josefina Plá, "Oficio de mujer".

Josefina Plá, española de América, como frecuentemente la califica la crítica, nace en 1903 en la Isla de Lobos (Fuerteventura, Canarias, España). Desde muy joven, y por razones sentimentales –se casa con el ceramista paraguayo Andrés Campos Cervera, más conocido como Julián de la Herrería–, adopta como patria de su destino a Paraguay. Al hacer un balance de este hecho, la propia autora dirá:

Y crucé el Océano, como Colón, con ese sueño a cuestas. Sueño grande como puede serlo una tierra nueva para una mujer; sueño identificado con el de un mundo de amor inagotable. Ahora bien, aunque este país nuevo figurase en los mapas y tuviese nombre e historia, para mí era ámbito desconocido: *existía, pero yo debía descubrirlo*. Era yo muy joven, y mi predisposición a las aventuras, imaginarias o reales, se exacerbó en presencia de una tierra todavía con rezagos paradisíacos. La llamada colonia le había labrado perfil étnico y tradiciones de una magia ingenua; su independencia no costó una sola vida, pero una inverosímil guerra entre hermanos le costó las tres quintas partes de su población. Tenía –si tiene– el lugar del corazón en el mapa de América del Sur, y yo sentí ese corazón latir fuertemente, hamacado entre sueños épicos y realidades ingenuamente líricas, al unísono del mío.

Un proverbio antiguo dice que quien ama la flor ama las hojas de alrededor. El hombre que yo amaba era paraguayo, y yo amé el país cuya identidad parecía trasvasarme a sorbos su voz y su mirada (Plá, 1995).

Es por esta elección personal y, sobre todo, sentimental, que Josefina Plá vive y muere en Asunción del Paraguay. Desde su llegada al país en 1927 –aunque algunos autores manejan la fecha de 1926 (Fernández, 1996)– hasta el año de su muerte, acaecida en 1999, nuestra autora desarrolla una ingente labor en pro de la cultura paraguaya. Su magisterio artístico y literario abarca la creación, la investigación y la docencia:

Me ocuparon, por épocas y turnos, la literatura como la plástica. Hice periodismo escrito y radial; escribí e inculqué teatro; hice y enseñé cerámica; tomé parte en cuanto movimiento constructivo en plástica o literatura tuvimos en el país en esos años y, hasta hace poco, escarmenté largamente archivos para sacar a la luz algo de lo mucho que se había hecho y se había olvidado... sólo la poesía fue fragua constante, más o menos urgente según las épocas, pero activa siempre (Plá, 1995).

De esta manera, Josefina Plá asume el arte y la reivindicación de la cultura paraguaya como compromiso vital. Así, pues, no sólo por la diversidad sino por la calidad de su producción es que debemos contarla entre los más valiosos creadores. Esta “mujer excepcional que eligió como parte de su destino ineludible el Paraguay” (Colombino, 1992), no sólo ha sabido elevar la cultura de su país de adopción, sino que a la vez ha propiciado la revisión y puesta al día de ésta: “este es su valor y su mérito más definitorio” (Roa, 1966).

Trataremos en este trabajo de demostrar cómo Josefina Plá se vale de la creación –tanto histórica como literaria– para reflexionar sobre América y, más concretamente, sobre Paraguay a partir de la especial reivindicación que hace de la mujer, gran protagonista de la historia de este país, al que alguna vez los cronistas designaron como el “Paraíso de Mahoma”. Tal vez esto no tenga nada de excepcional, a tenor de los versos que nuestra autora escribiera allá por 1951, donde deja constancia de que el suyo ha sido un tiempo y una mirada que se asumen desde la propia identidad femenina:

Y fui tiempo vestido de mujer:
hipotecado tiempo
que termina
mirando al tiempo que no tiene término (Plá, 1987a).

De esta manera, la escritura intimista y vivencial de la poesía le sirve a Josefina Plá para preguntarse e interrogar a otros sobre la propia identidad. A través del registro lírico analiza y hurga en la/su condición genérica para así reconstruir o “sellar” un itinerario que, desde la particular experiencia, deviene “oficio de mujer”, como lo demuestra, entre otros, una serie de poemas reunidos bajo el epígrafe “Tiempo vestido de mujer” (Plá, 1987a). Sin embargo, es la prosa el medio que nuestra autora elige para indagar en la historia paraguaya, explorar el alma y el pensamiento del pueblo, captando los ambientes locales y los modelos de conducta que se encuentran insertos en esta sociedad. Realidad que a veces va más allá de la puramente terrenal –y que acaso no hace más que completar a ésta–, al develar la visión mítica y cosmogónica que subyace en la conciencia de identidad y, por ende, de nación paraguaya. Esto último resulta especialmente ejemplificador en los relatos en los que Josefina Plá recrea el folklore, las leyendas o anécdotas que emanan de la tradición paraguaya.

La obra narrativa de Josefina Plá resulta ser menos conocida y difundida si la comparamos con otras parcelas de su creación literaria, especialmente con la poesía. En total, ha publicado una novela –*Alguien muere en San Onofre de Cuarumí* (1984), aunque la propia autora considera que más que una novela se trata de un relato configurado en una serie de episodios (Plá, 1984a)– y varios volúmenes de cuentos –*La mano en la tierra* (1963), *El espejo y el canasto* (1981), *La pierna de Severina* (1983) y *La muralla robada* (1989)–, además de los cuentos infantiles recogidos en *Maravillas de unas villas* (1988) y *Los animales blancos y otros cuentos* (2001).

La gran protagonista de los relatos de Josefina Plá resulta ser la mujer paraguaya. Nada de especial tiene esto si recordamos que en Paraguay la mujer ha desempeñado un importante papel histórico en la construcción y reconstrucción del país, ya que éste ha visto mermada, casi exterminada, su población masculina debido a las sucesivas guerras en las que se ha envuelto. Quizá el más feroz de estos procesos bélicos sea la Guerra de la Triple Alianza (1865-1870) que enfrentó al ejército paraguayo con las fuerzas de la Alianza, compuesta por Argentina, Brasil y Uruguay. Las consecuencias de esta contienda fueron desastrosas para Paraguay, ya que su población quedó reducida a menos de un tercio y compuesta mayoritariamente por mujeres. El investigador Julio José Chiavenato establece que el 75,75 por ciento del pueblo paraguayo muere durante este conflicto. Al final de la guerra, la población masculina adulta era de un 0,525 por ciento, por lo cual murió el 99,475 por ciento de los hombres aptos mayores de 20 años. De esta manera, la población después de la guerra estaba compuesta por un porcentaje de 7,22 de hombres frente al 92,78 de mujeres (Chiavenato, 1989).

El segundo conflicto importante –la Guerra del Chaco (1932-1935)– enemistará a Paraguay y Bolivia, aparentemente por motivos territoriales, realmente por imperativos económicos. Aunque la excusa era la posesión del Chaco boreal, ambos países pretendían la totalidad de este territorio debido a la supuesta existencia de petróleo en su subsuelo, lo que además ocultaba los intereses de terceros países y de los grandes grupos financieros: la Standard Oil Co. of New Jersey de parte de Bolivia y la Union Oil Co., subsidiaria de la Royal Dutch Shell, de parte de Paraguay e instalada en Argentina.

Más adelante, aunque no comparable con las pérdidas sufridas por los anteriores enfrentamientos, asistimos a la guerra civil (1947), lucha fratricida que enfrenta a hermanos contra hermanos.

Josefina Plá pone en evidencia esta realidad histórica a partir del papel desempeñado por la mujer. De ahí que en sus cuentos las féminas recobren el verdadero protagonismo que históricamente les corresponde. Es precisamente esta reivindicación, junto a la profundización en la conciencia ante situaciones conflictivas, lo que en alguna ocasión ha sido señalado por la crítica como uno de los rasgos “afortunados” de la narrativa de nuestra autora (Maricevich, 1969). De esta manera, la ficción se reviste de un nuevo valor crítico-realista, al ser documento o testimonio de la condición de la mujer paraguaya y, por ende, de la sociedad en la que ésta vive.

Al hablar de sus cuentos y, sobre todo, de la inspiración –“expiración desintoxicante”– que los motiva, Josefina Plá advierte que son “rebotes de vivencias locales” (Plá, 1983) y, como tales, se desenvuelven en el entorno paraguayo. Sin embargo, tratando de ir más lejos, ante la pregunta de por qué esto es así, la escritora manifiesta una cierta imposibilidad para justificarlo:

Por eso quizá pudiese decir que nuestra preferencia por los motivos de lo circundante paraguayo femenino, simplemente porque vivo en el Paraguay y soy mujer. Pero por

otro lado el mundo conoce escritores que vivieron en su propio país y cuya obra no recuerda en nada este hecho. Literatos hombres que se dedican con frenesí a masticar el chicle de la psicología femenina y viceversa. Por tanto, hay que buscar a la cosa, por lo menos, una razón subsidiaria, o más profunda, que no encuentro. Lo que dije: imposible (Plá, 1981).

No obstante, aun cuando Josefina Plá, en más de una ocasión, ha hecho referencia a que en su obra “sólo circulan hombres, mujeres y hechos paraguayos, y en el Paraguay” (Plá, 1995) —de ahí ese sabor o “nacimiento” local que la lleva a agrupar sus textos bajo epígrafes como “Cuentos de la tierra” (Plá, 1989) o “cuentos del dintorno y sus gentes” (Plá, 1984b)—, esto no implica que la raíz local imposibilite una lectura más universal de sus relatos. Al respecto, nuestra autora declara que “cambiando nombres, paisajes y tal o cual circunstancia, pueden darse, se dan, en cualquier otra parte del mundo” (Plá, 1981), pues la universalidad no está determinada por la mayor o menor amplitud geográfica, sino por la condición universal del sujeto que presenta unas vivencias que traspasan las meras fronteras paraguayas. Ejemplo de esta universalidad es la constante preocupación que muestra esta escritora al evidenciar la agonia existencial del hombre sobre la tierra (Appleyard, 1983).

Ahora bien, la inspiración, la “expiración” a la que aludimos anteriormente, la encuentra Josefina Plá, la mayoría de las veces, en la atmósfera y el ambiente paraguayo, por ello dirá: “Estos cuentos ‘documentan’ sueños soñados aquí; y es absolutamente seguro que de haber vivido en otro lugar esos cuentos habrían sido diferentes. Es decir, no habrían sido...” (Plá, 1983). Porque esto también responde a una intencionalidad de integración en el país de adopción: “Tratar de comprender lo que nos rodea, amándolo: eso es integrarse” (Plá, 1984). Tal vez sea ésta la razón subsidiaria, o más profunda, a la que se refería Josefina Plá, y, por tanto, partiendo de esta perspectiva debemos comprender la especial significación que la mujer paraguaya adquiere en la obra de esta autora. A propósito, resultan ejemplificadoras las siguientes palabras:

Yo busqué esa vía de amor a través principalmente de la mujer; el sexo femenino cuyo destino identifiqué con el mío a través de todas las experiencias de la vida, aun las más diversas y extrañas (recuerdo haber llorado toda una noche después de haber leído un reportaje sobre la suerte de las prostitutas embarcadas en balleneros y cuyos cuerpos flotaban en los helados mares del Sur). Me identifiqué por tanto con el desheredamiento y la resignación de la mujer paraguaya, con la orfandad y desnudez de sus niñas, madres jóvenes, florecillas del camino. Todos los casos de mis cuentos son reales. Ni uno solo hay que no tenga su protagonista en la realidad, y el argumento básico me lo dio también su propia biografía, aunque la elaboración literaria —esté de más decirlo— incorpora o integra detalles con su automático fotomontaje. La niñera mágica, Manuela, Benicia, han existido, como han existido también los protagonistas varones de los pocos cuentos en que éstos intervienen; en esos cuentos, si bien se analiza, la idea de la mujer preterida u olvidada está casi siempre presente (Plá, 1984).

Esta *ficcionalización* de la historia que lleva a cabo Josefina Plá debe entenderse como un homenaje a la identidad femenina que deviene personaje literario sin perder ni un ápice la humanidad. Al revés, incluso podríamos afirmar que Josefina Plá nos ofrece un muestrario de seres representativos de una sociedad y de un tiempo, una cartografía de la mujer paraguaya: mujeres sacrificadas, madres, indias, mestizas, víctimas, pobres, analfabetas, violadas y silenciadas. Así, Josefina Plá les pone voz y las hace hablar, reivindicando desde la recreación lo que les pertenece históricamente por derecho propio. De esta forma, realidad y ficción se funden y confunden.

En este sentido, pareciera que las féminas que pueblan el universo de nuestra autora tuvieran vida propia, transitando así de una obra –sea ésta de ficción o no– a otra. Tal es lo que sucede si comparamos las protagonistas de los cuentos y las mujeres aparecidas en otro volumen, *En la piel de la mujer. Experiencias* (Plá, 1987b), especialmente relevante si queremos conocer algo más de la historia social de la mujer paraguaya. Aunque en este último caso no se trata de la elaboración literaria, sino de entrevistas –contactos personales, confidencias– que tienen como objetivo esclarecer la participación que el sexo tiene en la vida de la mujer paraguaya, las protagonistas que recorren ambas obras presentan semejanzas de caracteres, de vivencias y condicionamientos sociales, que van más allá de la pura casualidad. Tal vez por ello, desde las primeras líneas nuestra autora se apresura a afirmar que *En la piel de la mujer* nada hay “de intervención narrativa”:

Se trata de “confidencias personales”. De mujeres paraguayas de carne y hueso. Y aunque esta “especie” femenina nuestra tiende a extinguirse: la especie de las mujeres heroicas y pobres *madre y padre de sus hijos* –tan pobres, que ni siquiera sueños tuvieron– ellas son, sin embargo, la misma arcilla y soplo de las que reconstruyeron la patria, y pagan el rescate de las que ayudarán a mantenerla en pie (Plá, 1987b).

Si la realidad de estas *Experiencias* impedía cualquier juego de *ficcionalización*, no ocurre lo mismo con los cuentos, en los que Josefina Plá se vale de las historias femeninas –“casos reales”– para elaborar unos argumentos que provienen, como ya reconociera la misma autora, de particulares biografías. No importa, por tanto, identificar a tal o cual persona(je), interesa más mostrar la condición femenina paraguaya, aquella que nos revela a la mujer en su doble dimensión –individual y colectiva– como integrante de un sistema social, cultural y económico. Josefina Plá, sabedora de que esta estrategia discursiva podría malinterpretarse, se adelanta y aclara que, “toda semejanza de hechos o personajes de estos relatos con sucesos o personas reales es puramente casual” (Plá, 1981). Aclaración que, igualmente, se repite en su posterior volumen de relatos, aun cuando en éste reconoce que algunos de sus cuentos tuvieron protagonistas de carne y hueso, pero además añade:

Sólo un par de protagonistas viven aún, quizá: no lo sé. Pero vivas o muertas, no sabrían reconocerse a sí mismas, salvo en lejana anécdota. Pero quienes las tuvieron cerca,

tampoco las reconocerían. Si en vida no las supieron ver, ¿cómo podrían pretender “reconocerlas” ahora, trasladadas a un mundo en el cual dejaron de ser la anécdota o “el caso individual” para convertirse en sueltas estampas del multimilenario peregrinaje sobre la tierra? Repito: “Toda semejanza de estos personajes o hechos con seres o hechos concretos, es simple coincidencia”. Pues –ya lo dije antes– en este mismo momento, en otro rincón del mundo, cerca o lejos, esa estampa se repite, bajo otro nombre, con otro color, con otro rostro (Plá, 1983).

En esta trayectoria de la mujer paraguaya que nos ofrece Josefina Plá, a través de su producción narrativa, observamos que el protagonismo histórico femenino se hace evidente desde la Colonia, al resaltar el papel que en ésta jugaron tanto las mujeres hispanas como las mujeres indígenas, pues a ellas se les debe el surgimiento de una cultura mestiza, sin la cual sería imposible explicar el Paraguay de nuestros días. Al respecto, uno de los cuentos más representativos es “La mano en la tierra” (Plá, 1963). El protagonista, Blas de Lemos, tras 40 años trasterrado, se ve morir en una tierra muy alejada de la que le vio nacer. Al hacer un recuento de su vida evoca a las mujeres que le han acompañado: Isabel, la joven esposa abandonada en la casona castellana, y sus mujeres indias, Ursula, madre de sus seis hijos varones, y María, madre de su única hija. Desde esta perspectiva, la mujer se convierte en la “silenciosa” fecundadora de una nueva raza:

El, Blas de Lemos, era el llamado a aportar la simiente, desgastándose y empequeñeciéndose en la diaria ofrenda, mientras la mujer la recogía silenciosa creciendo con ella, para amamantar luego con sus senos oscuros y largos a hijos que seguían siendo un poco color de la tierra, siempre un poco extraños, siempre con un silencio reticente en el labio túmido y un fulgor de conocimiento exclusivo en los ojos oscuros.

Desde esta particular conciencia de la raza –indio, mestizo y blanco– se nos configura una sociedad en la que el misterio de las sangres fija el perfil étnico-social del Paraguay moderno. En este sentido, Josefina Plá, ahora desde el ensayo histórico, reconoce la común corriente de sangre que une a las mujeres hispanas e indias:

Mezcla de sangres de la cual surgió la mujer del pueblo paraguayo: desesperanzada y sin embargo invencible en su lucha por la vida; sin amor y sin embargo vertida en el amor sin gestos que es el sacrificio cotidiano: olvidada siempre y siempre (Plá, 1985).

Mezcla de sangres, procreación, maternidad... son elementos valiosos a la hora de reconstruir el imaginario femenino. No sólo porque una de las características de la sociedad paraguaya es el *marianismo* o culto a la madre –maternidad como estado de perfección y natural y lógica forma de sacrificio personal: “ser para el otro”,

sea éste hombre o hijo (Corvalán, 1987)–, sino porque desde el particular biologicismo femenino, a la mujer le ha tocado ser la repobladora de un país devastado por diversas guerras.

Especial importancia adquiere, en este punto, el papel desempeñado por la mujer durante y después de la Guerra de la Triple Alianza (1865-1870). En este período bélico surge la figura de las “residentas”, mujeres que iban detrás del ejército, resueltas a luchar hasta la muerte, compañeras de camino “hasta el apocalipsis final” (Antúnez, 1989). De esta manera, el trabajo de la mujer se ve incrementado, tal y como podemos apreciar en uno de los cuentos más significativos a este respecto, “El canasto de Serapio” (Plá, 1989), que nos ofrece una galería de personajes femeninos dedicados a las más diversas labores: desde recuperar y hacer habitables de nuevo los ranchos y productivas las chacras, a sembrar y carpir, poner en condiciones las viviendas deterioradas, preparar la comida diaria, pescar e internarse en el monte en busca de frutas silvestres, de miel o de leña y enviar vituallas al ejército. Junto con esto la mujer cumple la tarea de reponer las pérdidas demográficas con rapidez. En una época arrasada de hombres, Serapio, sordomudo y sin ambas piernas, se convierte en el elemento repoblador. Así, las mujeres crean un género de sociedad poligámica, lo que les permite repoblar el país:

Nadie supo cómo, pero sucedió. No necesitaron las mujeres seguramente conversar para ello, ni tampoco confidenciar ni ponerse de acuerdo. Por allí anduvo maniobrando un duende que con misteriosa pero unánime brújula las llevó a todas las cuatro a la misma conclusión [...] se encargaría[n] del cuidado del mutilado: lo llevaría[n] a su casa dos o tres noches a la semana [...] Con intervalos diversos, Librada tuvo una hija. Benigna y Catalina sendos varones. Lucía mellizas [...] las criaturas eran ya seis y luego llegaron a nueve (Plá, 1989).

Por tanto, Josefina Plá, lejos de ofrecernos una visión idealizada y sentimental de la maternidad, opta por reconstruir el universo paraguayo, en el que caben, como muy bien ha señalado el escritor chileno Javier Bello, múltiples identidades que van desde “la irresponsabilidad masculina, la irresponsabilidad e ignorancia femenina, la relación directa e indirecta con las guerras despobladoras del Paraguay. Es decir, un constante cuestionamiento de la maternidad como hecho biológico y rol social femenino, y, a veces, una verdadera maldición y un destino fatal” (Bello, 2001).

Con todo ello, ya sea desde la recreación literaria, ya sea desde la reflexión histórica, Josefina Plá configura su perspectiva de nación paraguaya, aquella en que las mujeres se erigen en las grandes protagonistas de la Historia como constructoras de patria. Sin embargo, coincidimos con nuestra autora en que éstas no han sido suficientemente valoradas, cuando no silenciadas o tratadas como seres anónimos que forman parte de una muchedumbre. Si la historia no les reconoce lo que por derecho les corresponde, desde la recreación literaria, como es el caso que nos ocupa, se trata de poner las cosas en su lugar: la ficción a veces supera a la realidad.

Para terminar, dejemos que sea la propia Josefina Plá la que eleve y deje suspendidas en el aire unas palabras esperanzadas, que no son más que el eco que evoca el clamor de nuevos tiempos:

Esta “encantada” que es la mujer paraguaya empieza a desencantarse, a sumarse a la corriente reivindicatoria multifacética en apariencia. Y está bien que así sea, porque en la sensibilidad femenina afinamos, precisamente, la esperanza de que este desgovernado mundo halle por fin un centro espiritual. Si la mujer no avanza más eficazmente en su camino es porque ésta es *una evolución desde el fondo*, y no una *revolución en la superficie* de los hechos. Y porque la transformación de la mujer requiere –grave condición– la transformación simultánea y paralela del hombre en aspectos múltiples. Una transformación a la cual resiste, creyendo defender derechos esenciales de la varonía, cuando el problema no es en absoluto tal (Plá, 1987b).

BIBLIOGRAFÍA

- Antúnez, Rosalba. 1989. Imagen del ser femenino paraguayo en la literatura nacional, oral y escrita. En: Graziella Corvalán, comp., *Entre el silencio y la voz. Mujeres: Actoras y autoras de una sociedad en cambio*, pp. 321-354, Asunción, Paraguay, Grupo de Estudios de la Mujer Paraguaya/Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos.
- Appleyard, José-Luis. 1983. Breve pórtico. En: *La pierna de Severina*, p. 3, Asunción, Paraguay, El Lector.
- Bello, Javier. 2001. A propósito de sueños y de cuentos: Josefina Plá. *Tebeto, N° XIV. Anuario del archivo Histórico Insular de Fuerteventura*. Puerto del Rosario: Servicio de Publicaciones del Excmo. Cabildo Insular de Fuerteventura (en prensa).
- Colombino, Carlos. 1992. *Josefina Plá: su vida. Su obra*. Asunción, Paraguay: Dirección de Cultura.
- Corvalán, Graziella. 1987. Presentación. En: *Josefina Plá, En la piel de la mujer. Experiencias*, pp. 7-13, Asunción, Paraguay, Grupo de Estudios de la Mujer Paraguaya.
- Chiavenato, Julio José. 1989. El genocidio está hecho. En: *Genocidio Americano. La guerra del Paraguay*, pp. 169-172, Asunción, Paraguay, Carlos Schauman Editor, traducción de Justo Pastor Benítez.
- Fernández, Miguel Angel. 1996. Itinerario poético de Josefina Plá. En: Miguel Angel Fernández, editor, *Josefina Plá. Poesías completas*, pp. 11-13, Asunción, Paraguay, El Lector.
- Maricevich, Francisco. 1969. La narrativa paraguaya de 1940 a la fecha. En: *Crónicas del Paraguay*, pp. 7-14, Buenos Aires, Jorge Alvarez Editor.
- Plá, Josefina. 1963. *La mano en la tierra*, Asunción, Paraguay: Alcor.
- _____. 1981. Palabras de la autora. En: *El espejo y el canasto*, pp. 9-11, Asunción, Paraguay, Ediciones Napa.
- _____. 1983. Acotaciones temporales. En: *La pierna de Severina*, pp. 5-6, Asunción, Paraguay, El Lector.
- _____. 1984 (a). Preámbulo. En: *Alguien muere en San Onofre de Cuarumí*, pp. 7-8, Asunción, Paraguay, Zenda. Escrita en colaboración con Angel Pérez Pardella.
- _____. 1984 (b). Interpretación de mi cuentística. En: Ramón Bordoli Dolci, *La problemática del tiempo y la soledad en la obra de Josefina Plá*, pp. 537-538, Madrid, Universidad Complutense (Tesis doctoral, facsímil reprografiado).

- _____. 1985. Colofón. En: *Algunas mujeres de la conquista*, pp. 70-73, Asunción, Paraguay, Asociación de la Mujer Española.
- _____. 1987 (a). Tiempo vestido de mujer. En: *La llama y la arena*, pp. 27-51, Asunción, Paraguay, Alcántara Editora.
- _____. 1987 (b). Unas palabras previas. En: *En la piel de la mujer. Experiencias*, pp. 15-18, Asunción, Paraguay, Grupo de Estudios de la Mujer Paraguaya.
- _____. 1988. *Maravillas de unas villas*. Asunción, Paraguay: Casa de la Cultura.
- _____. 1989. *La muralla robada*. Asunción, Paraguay: Universidad Católica.
- _____. 1995. Si puede llamarse prólogo. En: Angeles Mateo del Pino, *Latido y tortura. Selección poética. Josefina Plá*, pp. 25-27, Puerto del Rosario, Servicio de Publicaciones del Excmo. Cabildo Insular de Fuerteventura.
- _____. 2001. *Los animales blancos y otros cuentos*. Gaithersburg, EE.UU.: Hispamérica (en prensa). Edición, introducción, notas y bibliografía de Angeles Mateo del Pino.
- Roa Bastos, Augusto. 1964. La poesía de Josefina Plá. *Alcor* 30, pp. 2-3 y 6.
- _____. 1966. *Revista Hispánica Moderna* 32, pp. 57-61.